

ENERO, 1924: HACE 50 AÑOS

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LENIN

En el inmenso palacio del Kremlin, Vladimir Ilich Lenin ocupaba una modesta vivienda de tres habitaciones. Su vida era frugal. Su sueldo, su «lista civil», lo había fijado él mismo: lo que cobraba —había dicho— un obrero metalúrgico calificado. Era enemigo de honores y distinciones. Cuando se cumplieron sus cincuenta años —en 1920—, Máximo Gorki escribió un artículo de glorificación y de alabanza: Lenin ordenó que se suprimiese. Durante su vida nunca se habló de leninismo ni de marxismo-leninismo. La primera mención del leninismo se hizo en un libro de Stalin publicado en 1924: el mismo año de la muerte de Lenin.

Los tres círculos

En la alcoba, pequeña y sencilla, de la vivienda del Kremlin, Lenin se moría en enero de 1924. La alcoba estaba guardada por tres círculos de personas. El más íntimo era sólo de mujeres: su esposa, Natalia Krupskaya, antigua y entera militante, compañera de revolución; su hermana, María Ilichna Ulianova (Ulianova era el verdadero apellido de Lenin); dos secretarías principales —la Foticva, la Volidicheva— y una o dos secretarías más. A este grupo de secretarías se debe el documento llamado «Diario de las secretarías de Lenin», en el que se anotan algunos de los últimos momentos de su vida (se supone que el texto completo no se ha publicado nunca). El segundo círculo era el de los médicos. El tercero, el del Comité Central, que desde diciembre de 1922 había designado una persona responsable de la atención del enfermo y de cumplir las órdenes de los médicos: Stalin.

La tragedia que se desarrollaba entre estos cuatro círculos —Lenin agonizante, las mujeres, los médicos, Stalin— era ésta: Lenin intentaba seguir trabajando, organizando, enterándose de todo, dando instrucciones; los médicos le habían prohibido toda clase de trabajo y de preocupación; las mujeres creían, por el contrario, que la enorme ansiedad del moribundo se calmaría dejándole trabajar por lo menos unos minutos

al día; Stalin interpretaba con rigidez las órdenes de los médicos y no daba acceso al trabajo. La tensión entre los cuatro círculos era enorme. Más cuando las mujeres —especialmente la Krupskaya— comenzaron a sospechar que Stalin utilizaba el cerco de

revolución si los planes que ideaba en su último lecho no se podían transmitir y poner en práctica.

Honestamente no es fácil la descripción de los últimos días de Lenin, menos de los últimos meses de su vida. Los documentos

Juan Aldebarán

terminado por los médicos para dirigir él mismo los asuntos soviéticos y abrirse el camino a la sucesión, no sólo frente a Trotski, sino frente a los otros dirigentes históricos. Y cuando Lenin temió seriamente por el futuro de la

revolución, sólo se han publicado fragmentos (y siempre en apoyo de determinadas coyunturas históricas), y los testimonios pueden ser sospechosos de parciales o interesados. La reconstrucción desde el punto de vis-

ta política es enteramente discutible y está abierta a nuevas aportaciones, a nuevas apariciones de documentos.

El panorama político

La enfermedad de Lenin (a su muerte, el certificado médico dará su diagnóstico: arteriosclerosis) comenzó a hacerse ostensible en 1921. La revolución, prácticamente, acababa de nacer: el Régimen no tenía fundamentos sólidos. Los bolcheviques habían tomado el poder en noviembre de 1917, y en 1918 se habían enfrentado con una terrible guerra civil-internacional: los ejércitos blancos mantenidos por los cuerpos expedicionarios extranjeros y el bloqueo económico de las grandes naciones. El Régimen recién instaurado no tenía más preocupación que la de crear un ejército —el Ejército Rojo: una organización de Trotski—, tratar de paliar la enorme hambre de las poblaciones y hacer frente a posibles motines —como el de los marinos de Cronstadt, en 1921—.

Cuando terminó la guerra civil, cuando se fundó en 1922 la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el país estaba devastado y desorganizado —organizado sólo para la guerra—.

Esta fotografía de Lenin muerto fue tomada a las pocas horas de su fallecimiento.





El cadáver de Lenin en el velatorio. Entre los asistentes, señaladas con los números 1 y 2, figuran su esposa Krupskaja y su hermana María Ilichna.

Por otra parte, el sistema que se comenzaba a experimentar no tenía precedentes: las previsiones de Marx y de los pensadores principales del socialismo no estaban pensadas para Rusia, y menos para una Rusia en ese estado, sino para una sociedad industrial avanzada —como la alemana, vista por Marx y Engels desde la Inglaterra de la revolución industrial—, y el trabajo de adaptación era inmenso. «No estamos lo bastante civilizados para poder pasar directamente al socialismo», escribía en «Más vale menos, pero mejor», título que refleja muy claramente el con-

junto de sus opiniones en los últimos tiempos. «Aprendamos a gobernar», repetía; entendía que existían posibilidades para «crear las premisas esenciales de la civilización» (si para crear el socialismo es preciso haber logrado un nivel de cultura determinado, Rusia podía invertir los términos: «conquistar en forma revolucionaria las condiciones previas de ese nivel determinado, para a continuación, valiéndonos del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en movimiento y alcanzar a los otros pueblos»).

La herencia del antiguo régimen en las mentalidades de muchas personas hacía difícil el cambio: «En la base de la jerarquía (hay) centenares de miles de antiguos funcionarios que hemos heredado del Zar y de la sociedad burguesa (que) trabajan, en parte a sabiendas, en parte inconscientemente, contra nosotros». Entre una masa como esa y los 4.700 comunistas responsables, Lenin podía plantearse esta pregunta: «¿Quién dirige y quién es dirigido? Dudo mucho que pueda decirse que los comunistas dirigen, creo que puede decirse que

son dirigidos». «La inmensa mayoría de los miembros del partido no están lo bastante educados políticamente para que se tenga una dirección efectivamente proletaria en un momento tan difícil, sobre todo si se tiene en cuenta el enorme predominio numérico del campesinado en el país, que despierta con rapidez a una política de clase independiente». Todos estos pensamientos y algunos más —la difícil lucha de las nacionalidades, el monopolio del comercio exterior, la forma de conseguir inversiones económicas de países avanzados— preocupaban a Lenin en sus últimos tiempos. Había creado la «nueva política económica» (NEP), pero se la criticaban como un paso atrás; no sabía si prosperaría.

Rodean el féretro del dirigente soviético: Kalinin (1), Bujarin (2), Zinoviev (3), Tolski, presidente de los Sindicatos (4); Kamenev (5), Stalin (6) y Molotov (7).



«El Lenin de siempre»

Por un mecanismo propio del gran dirigente, fomentado incluso por quienes le rodean —los que critican sus decisiones, pero las acatan y las aceptan, muchas veces sin más ánimo que la astucia de mantener unas reservas por si todo sale mal, pero dejándole a él la responsabilidad entera—, Lenin creía que era absolutamente fundamental para la revolución y para la implantación del régimen que prácticamente se estaba inventando día a día. Lenin tenía esperanzas normales de proseguir su combate: era joven. En el primer amago de su enfermedad tenía cincuenta y un años. Hubo de tomar uno de los pocos descansos de su vida —muy relativo—, y volvió inmediatamente a trabajar. Pero el 25 de mayo de 1922 tuvo un ataque: quedó paralizado del lado derecho, perdió el habla, la capacidad de escribir. Esta vez, la separación de los asuntos públicos fue de meses. Se ha dicho que fueron de convalecencia: probablemente fueron de reeducación y aprendizaje.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LENIN

Trotsky cuenta que Lenin le dijo que había tenido que aprender a hablar y a escribir de nuevo. En octubre volvió al trabajo, y en noviembre pronunció —ante el IV Congreso de la Internacional— el que habría de ser uno de sus últimos discursos. Alfred Romer, en «Moscú bajo Lenin», ofrece este testimonio:

«Los que le veían por primera vez podían decir: "Es el Lenin de siempre". Los demás no podíamos hacernos esa ilusión. En lugar del Lenin vigilante que se había conocido, este hombre había quedado duramente marcado por la parálisis, sus rasgos estaban como congelados, su aspecto era el de un autómatas. Su discurso natural, sencillo, rápido, seguro de sí mismo, se había convertido en un hablar vacilante, a golpes. El camarada que le había sido asignado le ayudaba mal: Radek le apartó y le sustituyó».

El discurso que pronunció unos días después —y que sería el último— tenía resonancias poéticas:

«Estamos solos, nos hemos dicho a nosotros mismos. Estáis solos, nos han repetido casi todos los Estados capitalistas a cuenta de no importa qué asunto tratado con ellos. Es ahí donde reside la dificultad esencial, es preciso que nos demos cuenta de ello».

La sucesión, abierta

Desde ese momento, quizá desde antes, la sucesión estaba abierta. Stalin había sido nombrado secretario general del partido, pero ello no significaba enteramente que fuese el sucesor designado. Pero el 18 de diciembre de 1922, el Comité Central le designaba para cuidar de la enfermedad de Lenin: algo que podía ser muy importante. Una de las primeras medidas que tomó fue la de enviar a Lenin al campo —a la aldea de Gorki—, pero no fue fácil retenerle allí. Lenin insistió en volver al Kremlin, en un dramático viaje en coche, después de haber sufrido una nueva parálisis. Allí, la enfermedad se fue agravando y surgieron nuevos ataques. Le fueron prohibidas las visitas y el trabajo.

Ahí comienza su última lucha, antes descrita. Se prohíben las visitas, la correspondencia; aunque sus facultades mentales se conservan, se le impide dictar, trabajar. No obedece. Las notas que dicta en esos momentos se conocen con el nombre no muy propio de «testamento de Lenin». Y de ellas se obtienen algunas



Lenin, en el centro de la cuarta fila, en el congreso de los mineros de 1921, y abajo, con José Stalin, de quien trazaría, hacia el final de su vida, el siguiente retrato: «Stalin es demasiado rudo, y este defecto, plenamente soportable en las relaciones entre nosotros los comunistas se hace intolerable en las funciones de secretario general...».

conclusiones acerca de su idea de la sucesión. Como esas notas no están completas —o no se han publicado—, sólo se pueden hacer conjeturas. Los diversos valores históricos de decisión o de designación que se les han dado después son dudosos. Uno de los documentos sobre los que más se ha hablado es el del retrato de los seis grandes jefes del partido, principalmente de Stalin y de Trotsky:

«El camarada Stalin, al convertirse en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, pero no estoy seguro de que sepa usar siempre de él con la necesaria prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky, tal como lo ha demostrado su lucha contra el Comité Central en la cuestión del Comisariado de Vías y de Comunicaciones, se distingue no sólo por su capacidad excepcional, personalmente es en forma incontestable el hombre más capaz del actual Comité Central, sino por una excesiva confianza en sí mismo y por una tendencia algo excesiva a considerar sólo el lado puramente administrativo de las cosas».

No son más favorablemente reflejados los otros miembros del





Lenin, enfermo, junto a su esposa y compañera de revolución, Natalia Krupskaya.

Comité Central. Bujarin «no tiene un pensamiento enteramente marxista, ya que hay en él algo escolástico (no ha aprendido nunca y creo que nunca ha comprendido plenamente la dialéctica)». Piatakov está «demasiado ligado al estado administrativo de las cosas para que se le pueda confiar una cuestión política importante». Zinoviev y Kamenev tuvieron una actitud dudosa en el golpe de octubre, «pero no debe invocarse personalmente con más fuerza que el no bolchevismo de Trotski». (Zinoviev participaría, con Stalin, del movimiento póstumo de culto a Lenin y de la lucha contra Trotski; se dice que es el verdadero autor de la palabra leninismo. Rompió con Stalin, fue excluido del partido, condenado a diez años de prisión en 1935, juzgado de nuevo en 1936 y ejecutado. Kamenev fue jefe del Gobierno en 1922, al enfermar Lenin; con Zinoviev y Stalin abrió la lucha contra Trotski, del que era cuñado; se enfrentó con Stalin, fue excluido en 1927, condenado a cinco años en 1935 y juzgado de nuevo y ejecutado en 1936. Bujarin fue considerado dirigente de la «oposición de la derecha», excluido del partido en 1924, readmitido posteriormente, redactor jefe de «Izvestia», condenado a muerte en 1937, fusilado en 1938 y rehabilitado por Kruschev.)

Una relación difícil

La relación de Lenin con Stalin se hizo más difícil por sus situaciones respectivas en los úl-

timos días: Stalin era el encargado de evitar que Lenin trabajase. Negaba la entrada de documentos y expedientes, de cartas, de visitas. Trataba de prohibir que Lenin dictase. Lo llevó tan rigidamente, que tuvo que enfrentarse de una manera violenta con Natalia Krupskaya. Es un incidente que muchos consideran histórico, y que, desde luego, pertenece a la tragedia humana que se estaba desarrollando en torno a la pequeña habitación del Kremlin.

El 22 de diciembre, Stalin se indignó con Natalia Krupskaya porque había permitido a Vladimir Ilich dictar unas notas. Su lenguaje fue terrible. Natalia Krupskaya dirigió una carta a Kamenev de amarga protesta: «Stalin se permitió ayer un desplante grosero contra mí a propósito de cuatro palabras que me dictó Lenin con autorización de los médicos. No data de ayer mi entrada en el partido. En el curso de estos treinta años no he escuchado nunca una sola palabra grosera de un camarada. Los intereses del partido y de Ilich no me son menos caros que a Stalin. En estos momentos tengo necesidad de todo mi dominio sobre mí misma. Sé mejor que todos los médicos de qué se puede hablar y de qué no se puede hablar a Ilich, ya que sé lo que le altera y lo que no, y en cualquier caso, lo sé mejor que Stalin».

No se ha hecho público todo el contenido de la carta, sólo ese principio, una frase siguiente, en la que pide protección «contra esa injerencia grosera en la vida privada, contra injurias indignas y amenazas», y un final: «No me

cabe ninguna duda en cuanto a la decisión unánime de la Comisión de Control, con la que Stalin se permite amenazarme, pero no tengo tiempo ni fuerzas que perder en una comedia tan estúpida. Yo también soy un ser de carne y hueso, y mis nervios están tensos en extremo». Al día siguiente, el Buró Político autorizaba a Lenin a dictar durante cinco a diez minutos diarios, «pero no debe tener carácter de correspondencia; Ilich no debe esperar respuesta a esas notas», y se ordenaba a amigos y domésticos que no debían comunicar a Lenin nada relativo a la política.

La Krupskaya, sin embargo, comunicó a Lenin el altercado con Stalin, y éste aprovechó uno de sus dictados para dirigir una carta a Stalin: «Te has permitido la grosería de llamar por teléfono a mi mujer y de injuriarla. Ella estuvo de acuerdo en olvidar lo que se dijo. Sin embargo, lo comunicó a Zinoviev y a Kamenev. No estoy dispuesto a olvidar lo que se ha hecho contra mí, y ni que decir tiene que lo que se hizo contra mi esposa lo considero hecho contra mí. Esta es la razón de pedirte que consideres si estás dispuesto a retirar lo que dijiste y a presentar tus excusas, o si prefieres romper las relaciones entre nosotros». Stalin se apresuró a pedir perdón y a explicar que había estado exaltado precisamente por la defensa de la salud de Lenin.

«Desplazar a Stalin»

Pero el 4 de enero, Lenin redactaba un nuevo retrato de Stalin, mucho más duro y ya condenatorio:

«Stalin es demasiado rudo, y este defecto, plenamente soportable en las relaciones entre nosotros los comunistas, se hace intolerable en las funciones de secretario general. Por esta razón, propongo a los camaradas que reflexionen sobre la forma de desplazar a Stalin de este cargo, y de nombrar en su lugar a otro que en todos los aspectos se distinga de él por su superioridad: es decir, que sea más paciente, más educado, más leal, más atento con los camaradas, menos caprichoso».

¿Era solamente una reacción personal por la afrenta? ¿Era que la disputa y el comportamiento de Stalin le habían parecido definitivamente reveladores? El hecho es que el escrito no tuvo ya repercusión ninguna, y solamente se ha esgrimido en la URSS —aparte de por Trotski, fuera de ella— después del XX Congreso.

Lenin ya no volvería a tomar ninguna decisión política. El 19 de enero le sacaron a dar un paseo por el bosque, para que viera la tierra por última vez. Escuchó la lectura del informe del XIII Congreso; según Natalia Krupskaya, hacía gestos de irritación. El 21 de enero sufrió un nuevo ataque y murió al caer la noche.

Inmediatamente comenzó el culto a la personalidad. Se decretaron jornadas de duelo. A pesar de un frío espantoso, el pueblo desfilara por la Sala de Columnas de la Casa de los Sindicatos, donde habían instalado el cadáver cuidadosamente embalsamado para dar sensación de vida, tal como se conserva actualmente. Fue depositado en la urna del Mausoleo de la Plaza Roja mientras sonaban las sirenas de fábricas, barcos y locomotoras; a esa hora, obreros de todos los países del mundo paralizaron su trabajo durante cinco minutos. Stalin lanzó la idea de la «promoción Lenin»: una gran campaña para recibir nuevas adhesiones al partido entre obreros industriales: en la semana de la muerte, 240.000 obreros soviéticos entraron en el partido comunista. Y Stalin, ayudado por Zinoviev, comenzó a redactar su libro: «El leninismo».

Todas las especulaciones acerca de lo que hubiese sido la historia del mundo, del comunismo, de la URSS, si Lenin hubiese vivido diez o veinte años más, o si Trotski hubiese sido proclamado sucesor en lugar de Stalin —o Zinoviev, o Bujarin—, pueden, naturalmente, hacerse. Pero ninguna tendrá el menor valor real. Lo único cierto es que ese día comenzó la era de Stalin. ■ J. A.

Entre los libros publicados en España que puedan ampliar el conocimiento de este período histórico de la enfermedad y muerte de Lenin, está en primer lugar «El último combate de Lenin», de Moshé Lewin —de tendencia antistalinista, suavemente trotskista—, muy bien traducido por Esteban Busquets y publicado por la Editorial Lumen en 1970. Es ilustrativo «Los bolcheviques», de Adam Ulam, publicado en Grijalbo, 1969: el autor, norteamericano, es anticomunista.

Los textos básicos son el «Diario» de las secretarías, publicados en los «Cahiers du Monde Russe et Soviétique», número de abril-junio 1967, y, desde luego, las obras completas de Lenin, que recogen sus últimos discursos y dictados. Todos los grandes libros de la última época de Trotski, notablemente su biografía (parcial) de Stalin, y sus Memorias hacen alusiones a estos hechos, recalando la parte contraria a Stalin.